Teresa está desconcertada. Poco antes había descubierto el camino de las luciérnagas y el brillo fosforescente aún permanece en sus pupilas. Entre el polvo, ocultas tras el encaje que forman las cañas, han surgido esas criaturas extraordinarias que iluminan la noche con sus discretas luces verdes.

—Coge una.

Su padre la anima y sin demasiada confianza permite que le pose uno de aquellos gusanos sobre la palma de la mano. Está tibio, mantiene la misma temperatura que el suelo en el que se arrastra y es blando. Hunde su índice en el abdomen y la iluminación disminuye de intensidad, pero no desaparece del todo. Su mecanismo de defensa es tan rudimentario que a duras penas logrará protegerlo del más torpe de los depredadores. Levanta su mirada del animal y enfoca la vista en el margen derecho de la carretera; allí hay muchas manchas turquesa sobre el suelo, parece una granizada de esmeraldas, piensa que no había visto nada tan bonito antes. A la memoria le vienen los peces abisales que ilustran la enciclopedia de ciencias naturales que él le muestra los domingos por la mañana, cuando se despierta temprano y se traslada a su cama con el pesado libro azul bien sujeto entre los brazos para que no se escurra. De todos los animales que se describían allí, sus preferidos eran los seres de las profundidades, esos de aspecto monstruoso capaces de gestionar su propia luz. Nunca dejaba de sorprenderse al llegar a la lámina, allí estaban aguardándola inertes, con su expresión atroz y sus cuerpos viscosos y gélidos. Pero son tan lejanos y distantes que no les teme, difícilmente se topará con uno de ellos cara a cara. Sin embargo, las luciérnagas están ahí, la rodean, pero son tan pacíficas que casi siente lástima por ellas.

En su entusiasmo es incapaz de escuchar a los grillos que emiten acordes su único tono, los hay a cientos y ha aprendido a cazarlos inundando los agujeros en los que viven. Los espía cuando salen desorientados de sus madrigueras y los dirige hacia las jaulas que fabrica entrelazando juncos, como ha visto hacer a los chicos del pueblo. Hay otros escarabajos también, pero esos no cantan, solo hacen bolas de excrementos que transportan con esfuerzo por tortuosas vías de guijarros. Las luciérnagas le gustan más, piensa, y observa el pequeño cuerpo anillado que apenas se enrosca al tacto de su dedo.

Teresa no sabe aún leer. Ir al colegio le cuesta y cada mañana llora y patea antes de entrar. Sufre una crisis de vértigo cuando tiene que traspasar el portón y se siente desvalida al separarse de su madre. El drama que representa a diario es digno de una actriz consumada, pero el espectáculo cesa en cuanto se sienta en su pupitre. Entonces abre los ojos como platos y se transforma en una niña obediente que realiza todas las tareas de forma aplicada. Repasa la pauta de las letras de su cartilla con el lápiz afilado mientras se muerde ligeramente la lengua porque así se concentra mejor. Lo va a conseguir, seguro. Aprender a escribir es sólo cuestión de práctica.

Los números se le dan mejor y puede contar hasta el veinte. Mentalmente comienza con la retahíla a la vez que se agacha buscando en la penumbra más gusanos. Quiere hacer una fila larga, como un tren, pero apenas ha colocado cuatro, las orugas se mueven y dejan de estar alineadas. Las vuelve a situar en su puesto y descubre asombrada que no todas son del mismo color, las hay casi azules, otras amarillean, incluso existe un grupo que apena brilla, pero todas son mudas y aceptan humildemente su juego. Pasa la lengua sobre el diente que se le mueve y siente el sabor ácido de su encía ensangrentada. Es muy pronto para que empiece a cambiar la dentadura de leche, le ha asegurado una obesa enfermera francesa que veranea en la misma casa que ella, duerme justo en la habitación contigua y a veces escucha sus ronquidos a través de la pared. Mañana le sacará el incisivo para que el nuevo no salga torcido, pero esta noche todavía dormirá en su boca y podrá balancearlo de adelante atrás como viene haciendo en los últimos días, no puede evitar repetir ese movimiento una y otra vez.

Oye no muy lejos el murmullo de las olas y sin pensarlo dos veces se descalza y corre hacia la arena oscura. No hay luz artificial, apenas unas humildes bombillas decoran las ventanas de las austeras casas de los pescadores a pie de playa. El cosquilleo bajo sus pies es fino y juega entusiasmada a seguir el rastro que un rebaño de ovejas ha dejado a su paso. Un poco alejado, más allá de la desembocadura del río, las dunas desaparecen y el terreno se convierte en un pedregal. Allí la naturaleza parece muerta y hay que remover los cantos para encontrar seres sorprendentes, cangrejos que huyen al ser descubiertos, minúsculas pulgas que saltan y chocan contra sus pantorrillas haciéndole cosquillas, pero, sobre todo, caracolas desprovistas de sus habitantes. Al cubrirse las orejas con ellas se oye el mar. Esa noche no hace falta porque es mejor escuchar a las olas de verdad, pero cuando vuelva a Madrid serán de mucha utilidad para recordar ese rumor que ahora no la abandona ni de día ni de noche, cuando haga frío y haya neblina podrá sentir ese sonido repetitivo; también le ayudarán cuando llore a la puerta del colegio cada mañana porque no quiere entrar. Por esa razón guarda una colección enorme en su cuarto, de todos los tamaños y muchos colores, para no desprenderse del todo de la sensación de tener el mar cerca.

En la penumbra descubre el contorno de un grupo de niños sentados sobre la gravilla. Los reconoce y se detiene cautelosa. No quiere jugar con ellos, no sabe jugar con ellos; son franceses y no entiende qué dicen cuando se dirigen a ella y se ríen. Prefiere que no la inviten ni que los adultos insistan en que correteen juntos. Opta por quedarse con Luisito, aunque no pueda caminar rápido porque tiene las piernas envaradas entre unas barras metálicas y son muy delgadas, apenas la piel y el hueso. Aun así, se arrastra por el suelo con una habilidad pasmosa mientras construye pistas para jugar con las chapas entrelazando sus dedos y deslizándolos por la tierra arenosa para marcar la zona de la carrera. Teresa le deja terminarla y luego se coloca a su lado para darle toques a los tapones de las cervezas sin importarle que el cuello almidonado de su vestido de encaje quede hecho unos zorros impregnado de sudor y polvo. Luisito también habla raro, pero él es diferente, a él sí le entiende, el valenciano es más fácil y además el niño se esfuerza en abrir las vocales para que suenen más amigas a la niña que habla el español castizo y algo chulesco que escucha en casa. Su amigo tiene una hermana que no parlotea en ninguna lengua porque aún es muy chica. Hasta hace poco él creía que también era demasiado pequeño para andar y por esa razón necesitaba utilizar aquel artilugio ortopédico, así se lo habían explicado, pero cierto día Anita, que apenas levantaba un palmo del suelo, se aupó sobre sí misma y dio sus primeros pasos ante la sorpresa y los gritos de júbilo de aquellos que la observaban. Luisito comprendió. Arrastró sus hierros hasta sentarse en el poyete de la puerta y lloró un rato largo en silencio para asumir que nunca tendría unas piernas fuertes ni podría jugar al fútbol con los chicos del poblado de pescadores.

El aviso de la cena propagado desde la ventana de su chamizo la salva de unirse al grupo de críos y sale disparada en dirección a la casa. Su madre ha preparado el cubo de pechinas que recolectaron durante la mañana mientras se bañaba en el agua cálida y construía castillos con la pala. Es tan fácil capturarlas que no para de hacerlo, sólo tiene que meter las manos en la arena con los dedos abiertos y girar la muñeca, casi siempre atrapa alguna concha lisa y escurridiza que de inmediato introduce en el balde. La orilla del mar está sembrada de esos minúsculos bichos parecidos a los berberechos, los hay a miles y están deliciosos cuando se abren por la acción del vapor y separan sus cubiertas como si se tratara de una flor rompiendo sus pétalos de forma súbita.

Aquella tierra es fascinante. El mar es inmenso y ella afortunada por haber conocido aquel paraje a tan corta edad. Su padre tuvo que esperar veinticinco años para encontrarse cara a cara con él y antes que él sus viejos abuelos no murieron ignorantes de aquel paisaje debido a que el ejército los llamó a sus filas. Uno de ellos procedía de una zona deprimida y austera del interior de Castilla que se acercó a la costa tras recibir la orden ministerial que le destinaba a Valencia. Incrédulo admiró a su llegada las tierras fértiles surcadas por los regadíos que los árabes construyeron allí. Aquel abuelo pecoso y de cabellos panochos vio cómo crecían las naranjas sin esfuerzo aparente de sus agricultores y el aroma del azahar inundaba la atmósfera provocando una borrachera de los sentidos. La variedad de frutas era enorme y colgaban jugosas de sus ramas, organizados los arbustos por bancadas. Y luego estaba ese inmenso charco azul, tan brillante que cegaba sus ojos casi albinos en los días claros. Todo se cubría con una luz blanca que le impedía reconocer aquellos colores tan nítidos. En su pequeño mundo no existía el mismo tono de azul, allí se mezclaba con el verde y en otoño el amarillo viraba al naranja, mientras el único olor comparable en intensidad era el de la resina caliente de los pinos de la comarca en el estío. Regresó a su aldea con la esperanza de volver algún día con la familia convertido en cartero titular de la capital, pero su deseo jamás se vio cumplido. Su destino quedaría obligatoriamente ligado a la tierra que le dio la vida, aunque transmitió el deseo de vivir en la proximidad del mar a las generaciones que le siguieron y de las que Teresa resultaba el último eslabón de la cadena.

También le gusta el viaje en tren hasta llegar allí. Siempre lo hacen de noche en unas literas que los mayores consideran duras, aunque para ella son perfectas. Desearía dormir en la más alta, pero nunca se lo permiten, temen que se caiga mientras dormita. Mira curiosa el paisaje por las ventanillas del vagón y la boca le sabe a sal cuando apenas ha recorrido unos kilómetros desde la estación de Atocha. “*Es imposible, aún queda mucho*” se ríen los grandes, pero es verdad, ella lo siente así y sus sentidos no pueden engañarla tanto. Y es que quizá lleve dentro el sabor y el olor a mar y sólo sea cuestión del traqueteo del tren para destapar el frasco de las sensaciones. Al amanecer abandonan el convoy y se encuentran en una estación destartalada, sucios, cansados y acompañados de una maleta de cuero enorme que pesa una barbaridad. La playa está lejos aún y deben caminar un buen trecho hasta llegar a la casa que alquilan. Van despacio por la orilla. Su padre, Pedro, cargado con el equipaje a los hombros, hunde los pies en lo que se diría terreno movedizo porque parece que va a engullirle a cada paso que da mientras ella salta alrededor de la espuma blanca incapaz de controlar la emoción. Llega a su destino calada hasta los huesos y con las coletas tiesas chorreando agua y felicidad.

Hambrienta, devora la comida. Además de las pechinas hay tortilla de patata y le encanta la forma en que su madre la hace, con el huevo sin cuajar del todo. Aún no lo sabe, pero nunca a lo largo de su vida conseguirá saborear algo igual e inevitablemente cada tortilla que se cruce en su camino será comparada con aquellas piezas tan jugosas y ligeramente tostadas en su superficie. No entiende la conversación de sus padres sobre lo que cambiará su vida en poco tiempo. Ajena completamente a la criatura del tamaño de una lenteja que se desarrolla en el vientre de su madre, su imaginación deambula entre el misterioso paisaje nocturno que ha descubierto dentro de los carrizos y responde afirmativa, pero ausente, a la pregunta de ellos sobre si le gustaría tener un hermano.

No puede meterse en la cama con los pies manchados de brea y le frotan con aceite para despegar aquella sustancia negra y pringosa con la que recubren las barcas para hacerlas impermeables; así no se inundan, le han explicado y pueden navegar mar adentro, incluso más allá del horizonte. Ella sólo ha montado en la lancha del tío *Tximo*, una vez cuando perchaba en la albufera buscando *llisas*. Es un verdadero experto y exige silencio mientras maniobra rastreando los escondites preferidos de los peces. Le contó que son de agua medio dulce, o medio salada, según se mire, y por eso sólo pueden vivir allí, en esa balsa de poco calado en la que se mezcla el río con el mar. Le ha enseñado a distinguir las espigas de arroz crecidas en isletas entre los canales porque la gente que vivió antes se encargó de robarle un pedacito al agua al mar depositando montones de tierra para poder cultivar sus semillas. El viejo *Tximo* tiene la espalda encorvada y la piel del color del cuero, no oye bien, pero su voz, aunque también suena rara, tiene un tono especial que a todos les gusta escuchar. Siempre le regala parte de su botín que orgullosa carga durante el trayecto hasta su casa como si se tratara de su aportación personal a la cena.

Al atardecer suele visitar la lonja de la mano de sus padres, el espectáculo de los pesqueros llegando al puerto es impresionante. Ve sacar las redes rebosantes de peces escurridizos que aletean sin sincronía intentando deshacerse de la tosca atadura que los mantiene unidos, después los trasladan en cajas para introducirlos en unas naves de tejado ojival de donde ya salen inertes y con los ojos perlados, rodeados de pedazos de hielo. Se ha fijado en que los pescados no tienen párpados ni pestañas; tampoco los cangrejos que poseen una especie de bolitas negras, como de plástico, suspendidas de la nada y pueden hacerlas girar, aunque permanecen ajenas al resto de su coraza dura. Se pregunta si son capaces de descansar con los ojos abiertos y le angustia que no puedan nunca de ver lo que pasa a su alrededor, ni siquiera al ser atrapados y la muerte se les antoja inevitable. En cambio, ella presiona las pestañas con fuerza cuando siente vergüenza o miedo y así se pasa antes. Recapacita un poco y ratifica que es una suerte tener párpados.

Se revuelve entre las sábanas sin ponerse el pijama para dormir, hace demasiado calor y su cuerpo está húmedo y pegajoso. Se rasca el antebrazo mientras balancea compulsivamente su diente apenas sujeto a la mandíbula inferior. Los mosquitos suponen una tortura porque atraviesan su fina piel con demasiada facilidad, siempre tiene algún picotazo que la impide conciliar el sueño. Oye girar la rueda de la fuente que está frente a la casa. Es un volante rústico unido a una bomba que proporciona un agua salobre, apenas apta para el consumo, aunque no por eso dejan de beberla. Teresa voltea el aro siempre que puede, cuanto más rápido lo hace mayor es el caudal que sale por el pitorro. Es el juego preferido de los chicos, los hijos de los pescadores apuestan por quién será el que logre más corriente y lo hacen chirriar sin compasión alguna. El aparato rechina a modo de lamento bajo su presión. Ella no puede competir, es pequeña y no tiene demasiada fuerza, pero apenas se marchan, agarra el mando y se cuelga de él para ver salir el chorro por un caño oxidado y recogerse en una pileta agrietada que deja rebosar el excedente directamente a la playa. Siempre hay un reguero marcado en la arena y a ella le divierte cambiar su cauce, dirige el surco hacia otra dirección porque teme que si no lo hace llegue a ser tan profundo que se convierta en una grieta capaz de partir el suelo en dos. También se encarga de limpiar una baldosa de la calzada. Si no fuera por su labor diaria, la arena la invadiría y desaparecería como ha oído que ocurre en el desierto del Sahara, donde las gentes barren continuamente las pistas que lo atraviesan para que los vehículos puedan circular y no se pierdan engullidos por la masa de tierra candente. Su faena es más modesta y consiste en dejar limpio de granos la loseta situada tras la fontana. Es de cemento, pero tiene grabadas unas líneas que parecen los rayos del sol y se difuminan a menudo por los depósitos acumulados. Como estropajo usa las bolas de estopa que ruedan por la playa y que ha visto utilizar a las mujeres cuando frotan los calderos planos en los que guisan las paellas hasta dejarlos lustrosos. Está segura de que esos rayos inscritos en la piedra tienen una relación directa con la luz que les llega del sol y disminuye cuando están cubiertas; por esa razón se preocupa de que estén en perfecto estado, porque a ella le gusta cómo hace resplandecer la superficie de la balsa azul en la que se baña y que su piel se oscurezca hasta parecerse a la de Luisito.

Tampoco tiene demasiado interés en dormirse rápidamente. Dos noches atrás soñó que amanecía sin sol. Fue un sueño extraño, había unos focos enormes entre las dunas para poder bañarse y lucían tanto que no se podían mirar porque cegaban los ojos. La gente observaba aquel fenómeno protegidos por unas gafas negras y cóncavas que apenas cubrían los párpados, como las que utiliza su padre en casa cuando se pone ante la lámpara de rayos UVA, un invento moderno importado de Inglaterra para fortalecer la piel. Luego llegó una ola enorme y arrastró las lámparas mar adentro. Se quedaron a oscuras porque, como no era de noche, tampoco había luna y no se veía nada de nada. Se despertó muy asustada, pero no había peligro; por suerte fue sólo un sueño que se desvaneció apenas bebió un poco de agua.

Abre los ojos en la oscuridad y escucha las voces apagadas de una pareja de transeúntes pasar bajo su ventana. Por algún efecto físico que aún desconoce, la imagen de los paseantes se proyecta invertida y alargada sobre el techo, parecen figuras chinescas extremadamente delgadas que se deforman hasta llegar a un punto máximo y luego desaparecen. Piensa en Luisito y sus endebles piernas. Esta mañana le quitaron los hierros y le sentaron al sol porque los médicos aseguran que la luz y el calor mejoran su estado. Son tan flacas que no pueden soportar su peso y las mueve sin sincronía, su movimiento recuerda al de los peces recién sacados de la red que cada uno va por su lado. Ella también utiliza botas con plantillas, lo había aconsejado el pediatra, aunque no son como las de su amigo. Como su padre y su abuela, nació con los pies planos, pero para ella no será un problema cuando sea adulta porque los moldes interiores del calzado corregirán el problema pronto y no caminará torcida ni le dolerá la espalda. Pero ahora tiene cinco años y pasa calor con esos zapatos que le suben más arriba de los tobillos. No entiende bien por qué las niñas francesas utilizan sandalias y ella no. Una las lleva de color dorado y brillan mucho; tampoco comprende por qué su madre se negó a comprarle unos zapatos de lunares y tacón que vio en un escaparate. Esa negativa la hizo llorar todo el día. Sus botas son feas y se avergüenza de ellas porque su tío en vez de llamarla Mari Tere, como todo el mundo, la llama *la niña de las botas malayas* y eso debe ser una cosa malísima. Ese dichoso calzado la convierte en una chiquilla torpe de pisada plana, incluso Luisito con sus hierros se mueve con más agilidad que ella embutida en su horroroso calzado. Algo bueno sí tienen: le permiten dar unas patadas descomunales a los que se ríen de ella por llevarlas, no importa que se rompan pronto y la regañen. Y es que Teresa es muy coqueta. Se mira atentamente en el espejo cada día preguntándose si es o no guapa y se sube la melena por encima de la cabeza intentando peinarse con un moño alto como el que luce su madre cuando va de boda. A ella no le hace falta un postizo, tiene el pelo largo y mata suficiente como para trenzarlo y hacer filigranas con él y de vez en cuando le escamotea los polvos de la cara a mamá y se embadurna entera. La regaña porque son caros y para evitar que los malgaste, los sitúa tan alto en la estantería que no alcanza a cogerlos. Da igual, siempre está el recurso del talco, ése se lo dejan gastar a discreción y se pone una capa tan gruesa sobre las mejillas que parece un payaso. No todos entienden por qué lo hace, ni siquiera ella, ni tampoco todos se ríen con la ocurrencia. La que más se enfada es su abuela cuando la ve *pintorreteada* y la obliga a lavarse la cara.

Ya estaba recuperada de su brazo roto. Le retiraron la escayola antes de ir a la playa. Eso sí que fue un acontecimiento extraordinario por el que llegó a ser la envidia de los niños del colegio. El yeso quedó en muy mal estado después de los cuarenta días que cubrió su extremidad, estaba descascarillado por todos lados y tan sucio que en vez de blanco llegó a ser pardo, como el color de la panza de los burros. “*Ha hecho buen uso de él*”, fue el comentario del traumatólogo al cortárselo y tenía razón, porque al igual que sus botas resultó ser un arma inapreciable con la que se batía en duelo con cualquiera sin temor a la derrota.

Se gira en la cama buscando otra posición más cómoda y tropieza su vista con una estrella de mar seca recogida al mediodía en unas rocas alejadas de la orilla. Esas piedras mojadas constituyen el país de los seres extraños al que acude acompañada de los chicos mayores mientras los adultos duermen la siesta. Es un lugar casi mágico, lleno de mejillones adheridos, cangrejos que se ocultan en los orificios de las rocas al intentar atraparlos y diminutos camarones saltarines. Aquel era un mar vivo y lleno de actividad que perdería su vigor en poco tiempo, según la costa quedara invadida por los emergentes edificios que se comerían las dunas y secarían los humedales. Pero era aún el tiempo en que las olas se mostraban efervescentes y la espuma blanca no era producto de los detergentes. A lo lejos se divisaba el que sería el primer ejemplar de edificio dedicado al turismo masivo, sólo era el germen de un gran hotel, una estructura de hormigón y acero. Antes de encontrar el camino de las luciérnagas habían caminado por la playa hasta aquel esqueleto para recorrer las estancias sin tabicar y asomarse a las ventanas sin marco. Aún no era una construcción y ya resultaba inquietante, no presagiaba nada bueno. Una avioneta había aterrizado frente a lo que sería la entrada y su piloto descansaba recostado en ella fumando un cigarrillo. Tenía el encargo de esparcir insecticida sobre los campos de arroz y Pedro se unió a él sacando otro pitillo de su cajetilla. Era un tipo simpático el aviador, la permitió manipular en tierra los mandos y jugó a gobernar el artefacto volante haciéndose cargo del control. Se sintió importante. Lo de matar a los mosquitos estaba bien, así no tendría el cuerpo lleno de heridas que picaban como rayos, algunas de ellas se infectaban porque se rascaba con las manos sucias y entonces dolían mucho y supuraban durante días. “P*ero también morirán los gusanos de luz*”, reflexionó su padre más tarde, cuando presenciaban el impresionante espectáculo nocturno bajo una luna llena tan enorme que parecía que en cualquier momento se estamparía contra el suelo.

Teresa nunca se aburre. Su cabeza jamás deja de cavilar situaciones en las que ella es la protagonista absoluta y en ocasiones hasta caben los príncipes, aunque la mayoría de las veces, no. Posee una imaginación que desborda a sus padres quienes a duras penas siguen sus complicados razonamientos y responden ambiguos a unas preguntas que suponen sin sentido. Pero lo tienen, y para ella es fundamental saber si pisas más una baldosa por hacerlo tres veces, o una vez durante el triple de tiempo. Juega con cualquier cosa que se le pone delante creando empresas prósperas a partir de unos cuantos papeles recortados o comercios lucrativos vendiendo los envases de colonia vacíos que le guarda el droguero de bata azul amigo de su madre. Incluso llegó a tener un negocio de pompas fúnebres y fabricó un montón de ataúdes con unas cajas que encontró tiradas. Eran de diferentes tamaños y colores, porque los muertos son muy diversos, y por supuesto, su precio dependía de la calidad y el acabado. Nunca comprendió por qué su madre montó en cólera al conocer la naturaleza de aquella producción y arrojó todas las arquitas a la basura de un escobazo. ¡Con el esfuerzo que le supuso recortarlas! Su mente es ágil y apenas necesita una frase oída al azar, una palabra cuyo significado aún no comprende para crear un universo a su alrededor lleno de seres intangibles y ficticios. Le interesa todo y pregunta más de lo que podría considerarse adecuado para su edad. Siempre escucha, nunca pierde la oportunidad de oír explicaciones que a veces la convencen y otras no tanto, pero cada respuesta queda archivada en algún lugar remoto de su cerebro siguiendo un complicado trayecto por un tiempo inmemorial, custodiadas por una memoria privilegiada.

El marqués de pestañas llega lentamente y siente la fatiga en sus párpados. Aún se revuelve y extiende el brazo hacia un zapato bajo la cama en el que depositó una luciérnaga que trajo del camino. Apenas emite un halo amarillento que no se transmite en la noche. Con un bostezo devuelve el calzado a su sitio y se acurruca en el lecho. Finalmente el sopor se apodera de ella y se abandona a la pesadez de sus miembros, su respiración se hace más profunda y su carita redonda esboza una sonrisa de absoluta placidez mientras respira el aire perfumado por el mar y el azahar. La habitación se va llenando poco a poco de figuras ancestrales, de hombres de mirada astuta y trajes pardos, de mujeres rechonchas envejecidas prematuramente y enfundadas en siete sayas, de niños con cara de anciano. La rodean y cuidan complacientes de su sereno descanso. Los personajes tejen con sus dedos toscos y gruesos un anillo en torno a ella.

Teresa nunca está sola. Ella custodia el alma de las innumerables generaciones que la precedieron, de unas personas cuyas historias oye en ocasiones en boca de sus abuelos y no quiere olvidar porque presiente que siguen ahí, encerrados en el código genético que ha heredado. Ellos le dotaron de una nariz que sigue los cánones de estética clásica, igual a la que muestran las estatuas romanas que permanecen hieráticas en los museos, de un cuerpo menudo y una mente despierta que por suerte podrá desarrollar en el futuro. No abundan entre los personajes que vigilan su sueño los guerreros medievales cubiertos con cota de malla, tampoco las damas elegantes con los cabellos recogidos en la nuca, aunque alguno sí deambula. Por el contrario, se encuentran pieles cortadas por el viento y el frío, hombros cubiertos con jubones; hay muchas pellizas de oveja y alpargatas de esparto. Allí están atentos, apilándose a su alrededor para comprobar cómo se rinde dormida al final del día.

Ya han llegado todos. En la habitación no cabe ni un alfiler.

Teresa comienza entonces a recordar soñando…